

El escritor reposará de cara al mar en su "doloroso refugio" de Tomé

TOME (Sonia Mendoza).- De cara al mar, en el camposanto de este pueblo que tanto amó y conformó "su doloroso refugio", reposará desde hoy el escritor Alfonso Alcalde.

Su decisión de quitarse la vida sorprendió a sus amigos y conocidos del Círculo de Bellas Artes del puerto textil, mas no a su esposa Ceidy Ushinsky. Viajó de prisa desde Santiago, junto a sus hijos Hilario y Salustio, además de Claudia, tres de los seis hijos del considerado entre los mejores cuentistas chilenos a partir de la década del 50.

"Desde hace mucho tiempo nos venía preparando para esto. Pero igual duele y golpea". Habló serena y resignada.

Ahí, en la vereda de la estrecha y ruinoso oficina (Maipú 1239) ocupada desde hace un mes por el escritor y periodista de 71 años. Allí mismo donde —en el canasto de papeles— encontró al fin la explicación a tan trágica determinación y releyó cientos de veces sentada en el húmedo pavimento.

"Es una carta dirigida a un hijo. No especifica a cuál pero, en definitiva, a un hijo, a nosotros: cuenta un poco lo que estaba haciendo en ese momento y en el callejón sin salida en que estaba". Y dice que este pueblo siempre fue para el esposo su refugio. Uno, doloroso, que lo marginaba aún más de "mucho, de todo, pero era su refugio y lo respeté". Las lágrimas resbalan



"Alfonso decía que se sentía solo, que se sentía enfermo", dijo su viuda, Ceidy Ushinsky.

por el rostro de esta mujer de ascendencia rusa-judía. Sin más, uno de sus hijos le quita la carta de las manos. "Alfonso se sentía solo, se sentía enfermo. El decía que estaba enfermo de Tomé y que su mejoría estaba aquí, pero no tenía los medios como para tratarse (una seria afección a la vista); tampoco trabajo y, bueno, entró en un círculo vicioso eterno".

De sus más de 40 obras, el canto épico de Concepción «Panorama ante nosotros», dice, era su obra más apreciada. A la hora de su muerte, estaba dedicado a reportear a los antiguos molineros y toneleros para un trabajo que nunca llegó a contar con el respaldo de la Municipalidad. Tampoco llegó a enterarse de la pensión de gracia que, por ges-

ción de Mario Kreutzberger, lograra, pese a que aún faltaba el trámite de su publicación en el Diario Oficial.

"Quién soy yo para decir quién es responsable de tanta burocracia, pero así es. Yo creo que Alfonso fue una víctima más en este país; en este pueblo tan golpeado, tan duramente marginado. Y así como su obra, su temática de gente trabajadora; de trabajadores pobres como es Tomé y en decadencia como es Tomé, eran parte de su literatura, él simple y sin mayor análisis, también lo fue".

Ayer, en la morgue situada en el mismo cementerio, el cuerpo del escritor esperaba ser sometido a la autopsia de rigor. Luego sería trasladado hasta el Gimnasio de la ex Fiap, en Soto-

mayor 959, para ser velado en una de las salas del centro cultural que allí funciona. Mario Zapata, presidente del Círculo de Bellas Artes y su amigo por más de dos décadas, dijo: "La soledad era inherente a su persona y así lo refleja un análisis de sus obras, pero nada hacía presagiar una determinación como ésta", aunque estaba afectado por un cuadro depresivo muy intenso.

El escritor era natural de Punta Arenas, pero nació a la vida literaria en esta ciudad. "Por eso retornó y prácticamente en los últimos tres años, permaneció aquí. Se reunía con personas de su edad y recorrían largamente la playa o los cerros".

Para el periodista Guillermo Chandía (Diario El Sur, de Concepción), Alcalde "fue magistral en sus relatos breves. Como novelista nunca afloró todas sus armas, pero en el relato corto era magistral, una influencia, sin duda, de su condición de periodista". Fueron amigos. De encuentros intermitentes, pero ricos. Por esa visión global suya —dice— de tantas cosas, de tantos viajes. Poseía un humor un poco caústico. No era muy optimista, pero tampoco se reía del prójimo, recuerda.

Nunca llegará a comprender por qué vivía solo. "Los amigos no entrábamos en ese terreno. Una decisión como ésa es parte de una vivencia muy particular".

El amor y la muerte en Alfonso Alcalde

En las postrimerías de 1991 vi por última vez a Alfonso Alcalde. Pidió un té puro, simple, y no probó ni un trozo de las galletas exquisitas con que acompañe mi festejo. Había acudido a mi casa para hacerme donación de un ejemplar de su libro recién reeditado, "Variaciones sobre el tema del amor y de la muerte". En esa ocasión hablamos de lo humano y de lo divino, es decir, del amor y de la muerte.

No obstante la audacia de algunas de sus incursiones en el campo de la palabra escrita, Alfonso Alcalde era la timidez personificada. Hombre paradójico, sustentaba el espíritu de un adolescente. De este modo las vicisitudes tempranas del amor estaban casi

siempre desollándolo. La vida para él carecía de las complicaciones adjetivas de que se reviste para el común de los mortales. Dos temas de fondo parecían orientarla: el amor y la muerte. Como escritor de prensa, que lo fue en grado superlativo, transformó la crónica policial en un cuadro de pasiones novelescas. Como colaborador de la radio y de la televisión, mostró que su experiencia de chileno trashumante no se agotaba en la descripción de lugares exóticos y hechos pintorescos.

Escribió, con destino al ancho mundo, miles de páginas. Pocas con firma propia. Muchas sin firma y otras con firma ajena. Al cabo de una extensa carrera de escritor, de periodista, de

publicista, cayó en la cuenta de que había vivido en desamparo: sin previsión social, sin asistencia médica. No es raro que su dignidad, confundida, haya escogido la muerte para no tener que avergonzarse.

He aquí, del libro reeditado en 1991 y publicado inicialmente en 1963, estos versos llenos de presagios: "AQUELLOS/ suicidas/ decapitados a borbotones/ aún anclados dentro de la muerte./ aquellos que se devoraron/ frotándose como piedras/ para iniciar el primer fuego/ EL AMOR LOS BENDIGA".

● Luis Sánchez Latorre

Alcalde: "Nuestro pan era el papel"

no y otro con parafina. De manera casi ritual, roció con parafina todos los ejemplares que pudo conseguir y les encendió fuego. Cuando Neruda lo recriminó ("sólo los nazis queman los libros", le dijo), Alcalde se disculpó: "Algún día escribiré el libro que se merezca ese prólogo".

Ahora que el vate, voluntariamente, se ha marchado, sus palabras adquieren la forma de un testamento. Como en el poema "¿Qué harán mañana con mis zapatos?":

"La vida se terminó, pero ¿qué harán mañana con mis zapatos? ¿Quién los llevará quizás donde nunca quisieron? ¿Quién los amarrará y liberará cada noche final, porfiadamente? ¿Quién los empujará al abismo o a la aventura de flotar sobre los días y descaminar lo andado? ¿Lo fugado? ¿Lo engullido? y ¿lo errado? ¿Quién los llevará de compras con las manos vacías? ¿Quién les hablará como si fueran humanos? ¿Quién les dejará toda su sangre hasta el

fondo para colgar juntos en la transparente horca de la primavera."

Alfonso Alcalde, hombre multifacético, con gran capacidad para desarrollarse en múltiples tareas; escritor que, en tiempos difíciles, reconoció que "nuestro pan era el papel", dejó testimonio de su gran cariño por la especie humana en cada uno de sus trabajos.

Años atrás dijo a una revista: "Nunca hemos creído que se tiene que tener una actitud literaria frente a la vida, sino como seres humanos. La literatura es un oficio en que nos jugamos la vida, pero siempre reservándonos lo mejor para convivir con la gente".



El escritor Alfonso Alcalde.